COSTA RICA Y AMÉRICA LATINA: ENTRE LO COMÚN Y LO ESPECÍFICO*

Dra. Astrid Fischel Volio
Prof. Universidad de Costa Rica
Escuela de Historia

INTRODUCCIÓN

Uno de los tantos lugares comunes, a propósito de América Latina, es la creencia de que Costa Rica presenta una evolución histórica particular, escasamente parecida a todos los demás países. Pese al velado chauvinismo presente en una vasta historiografía, es innegable que Costa Rica comparte una serie de rasgos comunes al todo regional, aún cuando marcados matices en su desarrollo social y político hacen de este país, objeto de especial interés académico.

Este artículo ofrece algunas reflexiones en torno al desarrollo socio-político costarricense, tomando como punto de referencia, el marco general de evolución del todo latinoamericano.

Hacia el final del primer cuarto del siglo XIX, la mayor parte de la América Latina había cruzado el umbral de la independencia.

La independencia fue en realidad nominal, desde que las élites de las nuevas naciones se mantuvieron espiritualmente vinculadas con España, culturalmente dependientes de Francia y económicamente sometidas a la Gran Bretaña.

La independencia, por otra parte, no proveyó la panacea para solventar los males económicos de la América Latina. La tendencia establecida durante el período colonial de subordinar la economía a las necesidades europeas, continuó inalterada. De hecho, durante el siglo XIX, la economía latinoamericana se integró más y más a la creciente red del capitalismo mundial[1]. La continuidad entre las primeras décadas después de la independencia y el período colonial, es asombrosa.

Las élites que asumieron el poder, estaban mal preparadas para poner en ejercicio su libertad política. No tenían la experiencia ni la madurez para asumir las nuevas tareas con que se enfrentaban. Las preguntas de quien y cómo gobernar, fueron las interrogantes fundamentales que se plantearon los nacientes Estados. La escogencia entre Federalismo versus Centralismo y República versus Monarquía, se convirtieron en objeto de acalorado debate. Tuvieron conflictos, algunas veces muy violentos, sobre el curso de las acciones que deberían emprender[2].

Dentro de este contexto, la aparición del caudillismo fue recibida con beneplácito. Los primeros caudillos unificaron algunas de las naciones, previniendo la

---

* Trabajo presentado a la Academia de Geografía e Historia como requisito para optar por la membresía, Noviembre, 1992.

desintegración nacional. Aquellos más ilustrados, buscaron el progreso material a través de la construcción de caminos y edificios públicos, ferrocarriles, redes telegráficas y también escuelas[3].

La tensión caracterizó a los primeros gobiernos. La búsqueda de una fórmula política adecuada, se complicó por la amenaza de los retos sociales internos, la agresión de los países vecinos y la posibilidad de la reconquista europea. El ejército emergió como fuerza política consolidatoria del naciente Estado. Su poder revelaba la debilidad de las otras instituciones estatales.

Los muchos problemas que enfrentaron los Estados después de la independencia, no encontraron fácil solución. Sin embargo, hacia mediados del siglo XIX era posible constatar que algunos países –en particular, Brasil, Chile y Costa Rica– estaban progresando hacia la estabilidad política y la prosperidad económica. Porque, si bien es cierto que el cambio político y la inestabilidad habían marcado la primera mitad del siglo XIX, el progreso económico y la relativa estabilidad política, empezaron a caracterizar a la segunda mitad.

La prosperidad económica fue un factor determinante para iniciar el proceso de modernización de los Estados latinoamericanos. Gran parte de esa prosperidad estuvo basada en el creciente volumen de las exportaciones y también en el influjo de la inversión extranjera[4].

El período 1850-1880 representó a todo lo largo de la América Latina, la fase inicial del modelo liberal-oligárquico. Con ese propósito, las diferentes oligarquías se abocaron a la definición de parámetros constitucionales y al desarrollo institucional, favoreciendo el asentamiento de los juristas como élite intelectual.

Los principios liberales suministraron al Estado oligárquico los fundamentos teóricos que necesitaba. No obstante, la interpretación latinoamericana del liberalismo europeo conllevó recortes: mientras se aceptaron casi con exclusividad los principios económicos, se adoptaron de manera restrictiva los derechos políticos, lo cual vino a consagrar a la oligarquía como única clase política[5].

El proceso de institucionalización política en América Latina, no fue uniforme. En Costa Rica, el sistema político pudo funcionar con mayor fluidez, en la medida en que la oligarquía, fue capaz de obtener un alto grado de consenso por parte de los grupos subalternos. Este control de la población fue un factor muy importante para legitimar los cargos políticos electivos.

El proyecto político de las élites latinoamericanas se sustentó pues, en formas liberales, las cuales situaron en lugar privilegiado, al aparato educativo. Destacados ideólogos latinoamericanos que se inscribieron dentro de la corriente liberal-positivista de pensamiento, predicaron que la extensión de la educación era la clave para dar el salto hacia el progreso. El aparato educativo se convirtió entonces, en mecanismo de justificación del nuevo sistema político, al transformarse en vocero de los portadores del progreso y la modernización. Al mismo tiempo, fungió como instrumento sutil y apenas perceptible de transmisión de valores, creencias y normas que vendrían a legitimar el orden establecido.

Costa Rica no se situó fuera del modelo de economía de exportación, como tampoco escapó a la tónica liberal; no obstante, el nuevo proyecto político adquirió características muy peculiares. Mientras que en la mayoría de los países latinoamericanos

continuó ejerciéndose la represión violenta como medio fundamental para regular las relaciones sociales, en Costa Rica se empezó a ensayar otro estilo político, el cual buscaba suscitar el consenso y limitar la represión.

I. LAS RAÍCES HISTÓRICAS DE LA DIFERENCIACIÓN POLÍTICA-SOCIAL

Durante la época colonial, Costa Rica fue la provincia más alejada del Reino de Guatemala. La escasa población autóctona, la carencia de metales preciosos, la topografía montañosa y la localización espacial con respecto a la sede de administración colonial, son el marco de explicación obligada para entender las particularidades de desarrollo de la sociedad costarricense.

Los factores enunciados posibilitaron, en primer lugar, la conformación de una estructura social menos rígida y diferenciada, dentro de la cual, el factor tierra no era en sí mismo crucial para obtener prestigio y riqueza. La escasez de mano de obra y la prácticamente ilimitada oferta de tierras, inhibieron el predominio de la gran propiedad, fenómeno éste que sólo logró concretar en ciertas regiones del territorio, debido a condiciones específicas de clima, recursos y producción[6]. Por otra parte, las tierras comunales y ejidales –ya de por sí proporcionalmente escasas con respecto a los índices que presentaban las mismas dentro del todo agrario de otros países latinoamericanos– se redujeron significativamente a través del período colonial debido a un proceso creciente de apropiación y privatización[7]. Por tanto, el esquema agrario de la Costa Rica colonial no estuvo definido por el latifundio y las tierras comunales, sino por la pequeña y mediana propiedad, unidades éstas de producción concordantes con la oferta de recursos físicos y humanos de la provincia.

El desarrollo económico siguió un curso muy lento y accidentado en la Costa Rica colonial. A diferencia de otros países de la región, Costa Rica no logró vincularse efectivamente al circuito comercial por carecer de un producto estable y rentable de exportación. Las experiencias con el cacao y con el tabaco, probaron ser insuficientes para sacar a la provincia del crónico estancamiento económico que padecía.

Otro elemento clave de diferenciación entre Costa Rica y la mayor parte de las naciones latinoamericanas residió en el papel que desempeñó en la primera, la institución eclesiástica. Si bien la Iglesia costarricense –al igual que sus homólogas latinoamericanas– poseyó gran poder político y social, a diferencia de las mismas, no dispuso de grandes recursos económicos que sirvieran de sustento material a su acción temporal. La institución eclesiástica en Costa Rica no tuvo grandes propiedades fundiarias ni dispuso de ninguna otra importante fuente de recursos[8].

La localización de la provincia de Costa Rica con respecto a la sede de administración colonial, así como también el ínfimo potencial de desarrollo económico que ofrecía, posibilitó un control administrativo y político menos rígido y sistemático por parte de las autoridades guatemaltecas. Esta situación permitió una mayor autonomía en el manejo de los asuntos internos a la vez que estimuló formas más abiertas y amplias de participación ciudadana[9].

El desarrollo militar presentó también características distintas. Por una parte Costa Rica no tenía prerrogativas de mando ni control sobre otras provincias; por ende, no necesitó desarrollar un ejército que hiciera frente a demandas de poder y supervisión

regional. Por otra, la situación social interna no ameritó la constitución de mecanismos represivos costosos ni sofisticados por cuanto la dispersión poblacional, el reducido número de indígenas y la limitada polarización social, no presentaron altas demandas de orden y coacción al aparato gubernamental[10].

El proceso mismo de la emancipación política no sumió a Costa Rica en una prolongada y desgastante lucha. En realidad la noticia de la independencia tomó por sorpresa a la adormecida élite criolla, la cual creyó oportuno esperar a que se «aclarasen los nublados del día» antes de pronunciarse sobre ella. Una vez confirmada la independencia, Costa Rica, sin escapar a los enfrentamientos entre fracciones antagónicas, logró sin embargo, mantener un alto grado de estabilidad política interna y externa.

Su participación dentro de la República Federal Centroamericana (1824-1848), se vio beneficiada por el alejamiento geográfico de la sede federal, situación que le permitió mantener un alto grado de autonomía política y al mismo tiempo le ahorró de una costosa y desgastante participación bélica en los conflictos del istmo[11].

Desde épocas muy tempranas, las ideas liberales empezaron a infiltrarse lentamente en la sociedad costarricense, sin mayor escándalo ni fricción. Los gobernantes costarricenses dieron muestra de favorecer una política estatal ecléctica, en suma pragmática, la cual buscaba ante todo resolver los problemas más inmediatos que planteaba el desenvolvimiento político, económico y social. Este proceso de interiorización paulatina de ciertos postulados liberales no presentó, durante varias décadas, mayores oportunidades de choque con la Iglesia, ni con otros grupos de poder reacios a perder atribuciones ni privilegios.

En contraste con la mayor parte de los países latinoamericanos, en Costa Rica el proceso de formación y consolidación estatal, se inició sin pesadas ataduras o resabios del viejo orden colonial. El pleno desarrollo de la actividad cafetalera, no implicó el desmembramiento de formas tradicionales de tenencia de la tierra, ni cambios profundos en la organización de la mano de obra. En esa medida, las disposiciones de corte liberal tomadas por el Estado costarricense para propiciar el cultivo y el desarrollo del café, no pusieron en entredicho poderosos intereses ni sólidas estructuras y por ende, fueron fácilmente asimiladas por el conjunto social, en el transcurso de varias décadas.

A diferencia de otros países latinoamericanos, Costa Rica no necesitó de una revolución para consolidar el proyecto liberal. Sin embargo, el proceso de formación del Estado nacional –indiscutiblemente ligado a la prosperidad cafetalera– creó condiciones de choque y fricción entre distintos intereses, los cuales culminaron, en la década de los ochenta del siglo XIX, con el enfrentamiento entre el Poder Central, los municipios y la Iglesia[12].

En la década de los ochenta, un Estado plenamente consolidado y un grupo de intelectuales con un claro, preciso y definido proyecto político, conformaron la combinación adecuada para cristalizar en modelo político de gestión, el ideario liberal. Al contrario de otros países latinoamericanos, las reformas liberales en Costa Rica impactaron de manera prioritaria el plano de lo institucional y no el de lo económico, motivo por el cual produjeron importante repercusión en los mecanismos de dominación política e ideológica. Mientras que en la mayoría de los países latinoamericanos –y en particular, centroamericanos– continuó ejerciéndose la represión como medio fundamental para regular las relaciones sociales, en Costa Rica se empezó a perfilar una

tendencia hacia el ejercicio del poder a través de instancias de difusión ideológica. Tal inclinación, al favorecer la persuasión antes que la coacción, buscaba marginar a un segundo plano los mecanismos de represión estatal tales como el ejército y la policía[13].

Al calor de la tónica general de desenvolvimiento político y económico que caracterizó a las otras naciones latinoamericanas, hacia el final del siglo XIX, la consolidación del Estado costarricense adquirió un carácter más estable. Téngase en cuenta que desde los años de 1830 la expansión cafetalera y el crecimiento económico habían promovido un clima de inestabilidad política causada por los «barones del café» quienes competían por el control del aparato estatal. El período comprendido entre 1830 y 1870 estuvo marcado por una serie de golpes de Estado y por la manipulación del proceso electoral. Pese a lo anterior, la autoridad gubernamental gradualmente se vio fortalecida y en 1870 un nuevo golpe –liderado por Tomás Guardia– abrió el camino a una administración de doce años, que vendría a fundar las bases del Estado moderno[14].

II. LA CRISTALIZACIÓN DEL MODELO LIBERAL

El período de 1880 en adelante marcó una fase crucial en el crecimiento económico mundial. La producción industrial en los países del centro económico, dispararon un proceso de creciente demanda de exportación desde las economías de la periferia. Los excedentes económicos por su parte, facilitaron la consolidación del mercado capitalista. Dentro de este contexto global, Costa Rica inició una etapa de promoción de ambiciosos cambios institucionales y obras de infraestructura[15]. La inserción al mercado mundial, inicialmente alcanzada por medio del café, se vio reforzada con el enclave bananero, la exportación de azúcar y el creciente endeudamiento externo.

El crecimiento del sector externo costarricense no fue, sin embargo, un proceso uniforme por cuanto estuvo amenazado, al igual que los otros países de la región, por las crisis periódicas de las economías metropolitanas. A través del período 1880-1914 el crecimiento económico costarricense estuvo fuertemente ligado a las exportaciones. Las consecuencias más notables del modelo agroexportador, fueron una balanza comercial desfavorable, un rápido crecimiento de la deuda externa e interna y un mercado interno desarticulado. Costa Rica entró al nuevo siglo con una economía agraria dependiente de la exportación de café, bananos y azúcar[16].

Entre 1890 y 1912 la población del Valle Central, el área de mayor asentamiento se duplicó. Este fenómeno demográfico estimuló el crecimiento de nuevas ciudades así como la expansión de la frontera agrícola. La transición hacia formas más avanzadas de progreso material disparó el proceso de polarización social y con él, la develación de necesidades sociales por mucho tiempo latentes. El aumento demográfico poblacional fue alimentado por un crecimiento natural de la población y por la inmigración de trabajadores especializados para la construcción, la industria y la imprenta.

Los cambios demográficos se sucedieron en un momento de grandes transformaciones infraestructurales. Naturalmente, tal atmósfera trajo consigo la proliferación de nuevas ideas y concepciones acerca del hombre, el estado, la economía y la sociedad; éstas reflejaban el pensamiento de vanguardia en boga a nivel internacional. Sindicatos y asociaciones obreras empezaron a proliferar. Una nueva filosofía permeaba estos movimientos; un fuerte cuestionamiento del modelo liberal empezó a germinar. La dinámica participación de la prensa en esos años, contribuyó grandemente al debate político[17].

Desde los años de 1880, los asuntos públicos habían estado controlados por los políticos y juristas liberales más prominentes, dignos representantes de las diferentes fracciones de la oligarquía. A pesar de ser pequeño, el grupo estaba conformado en su mayoría por líderes intelectuales, excelentes escritores, prominentes abogados y expertos en retórica. Por sus capacidades intelectuales y por su posición en la cima de la escalera política se les denominó –no sin ingenio e ironía– «el Olimpo». Estos hombres, quienes no conformaban un conjunto homogéneo, habían librado una ardua batalla entre sí –a través de varias décadas– con el objeto de obtener control sobre el Estado costarricense[18].

A medida que la «cuestión social» cobraba significación y fuerza, la diferenciación entre la opulencia de la oligarquía y las deplorables condiciones de la clase trabajadora, se profundizaban. Al acercarse el año de 1914, algunos sectores de trabajadores habían dado sus primeros pasos hacia su organización. La creación del Centro de Estudios «Germinal» y la creación de la Confederación Nacional de Trabajadores fueron sus indicios más significativos. Empero, pese a pequeños avances, la dirección de los asuntos estatales estaba todavía fuertemente dominada por la oligarquía tradicional.

III. LOS PRIMEROS EMBATES AL ESTADO LIBERAL

El período comprendido entre 1914 y 1930, marcó el principio de la desarticulación de las estructuras económicas y sociales del liberalismo decimonónico. En este lapso, se registraron los primeros desconciertos de las élites gobernantes de cuño tradicional, al tiempo que grupos sociales emergentes, intentaron –sin conseguirlo– asumir el control del Estado[19].

Los intentos frustrados de los nuevos actores sociales, pusieron en evidencia la carencia de un proyecto político alternativo, de naturaleza global. Por tanto, si bien se puede afirmar que durante esa coyuntura se empezó a cuestionar seriamente el modelo liberal, no es dable afirmar que la oligarquía inició su decadencia. La diferencia es mucha; significa que los grupos que cuestionaron el orden liberal-oligárquico, no tuvieron los medios materiales ni políticos y tampoco el apoyo popular necesario, para desplazar a las distintas oligarquías del poder. Ante la debilidad de la oposición, éstas tuvieron la oportunidad de reestructurarse: abandonaron parcialmente el proyecto concebido medio siglo antes, mientras adelantaban propuestas de corte populista, como medio de contención ante las presiones reformadoras[20].

En la Costa Rica de 1914 era evidente que los beneficios económicos y sociales generados por la economía de exportación, se habían quedado rezagados con respecto al crecimiento demográfico. Asimismo, que los frutos del crecimiento económico –al haber sido distribuidos de manera harto desigual– habían provocado un proceso de creciente polarización social. Las crisis de subsistencia –talvez el producto secundario más dramático de la expansión cafetalera y bananera– reflejaban una tendencia hacia la agudización, lo cual hacía aún más severos los antagonismos sociales[21].

La importación de productos alimenticios básicos consumía gran parte de las divisas generadas por los productos de exportación. Por esta razón, la sufragación de obras de infraestructura y el mismo funcionar de la administración pública, dependían cada día más del crédito, tanto interno como externo, sumiendo a Costa Rica en una peligrosa espiral de endeudamiento. Dado que no se vislumbra en el horizonte ninguna

fuente significativa de divisas, la economía costarricense daba ya muestras de estrangulamiento hacia el año 1914[22].

En ese mismo año, en una de las estrategias electorales más ingeniosas, Alfredo González Flores fue designado Presidente de Costa Rica. Como resultado de una componenda entre dos partidos políticos, González Flores se convirtió en Presidente sin haber recibido un solo voto popular.

Debido a las peculiaridades de su designación, el gobierno de González Flores fue débil desde el principio. Como la cabeza de una coalición formada de manera improvisada, no tenía una base popular de apoyo ni diputados leales. Empero, pese a haber sido nombrado por medio de la influencia de los políticos liberales más connotados de la época, González Flores pronto demostraría una asombrosa independencia de pensamiento y una férrea voluntad de cambio político y social[23].

Desafiando valientemente las posiciones liberales de la oligarquía, González Flores propuso, entre otras reformas de corte intervencionista, la urgente necesidad de reorganizar el obsoleto e injusto sistema tributario existente. Consideraba el Presidente que sin la transformación tributaria, la mayor parte de los problemas sociales y económicos que aquejaban al país, quedarían sin resolver[24].

El 27 de enero de 1917, un golpe de Estado vendría a borrar el paréntesis intervencionista. Desconociendo las causas de los problemas económicos que aquejaban al país y manipulada hábilmente por la prensa, la opinión pública culpaba al Presidente por la crítica situación[25]. El significado de las reformas propuestas por González Flores no había sido comprendido por las masas populares; por tanto, éstas no lo apoyaron. De cualquier forma, no eran los grupos populares quienes habrían de decidir la suerte de la administración. Poderosos intereses y beneficios amenazados por el impacto intervencionista de González Flores, habían logrado formar un frente de oposición cada vez más unido. El golpe de Estado sería el resultado radical de sus actividades.

González Flores había indispuesto a la Iglesia Católica, a los «barones del café», a la oligarquía financiera y a los inversionistas extranjeros, en particular, a los intereses bananeros y petroleros; peor aún, había amenazado el discurso oligárquico prevaleciente por medio de una revolucionaria reforma educativa.

El golpe de 1917 fue la respuesta inmediata a los amenazados intereses económicos e ideológicos. Pese a ser evidente el hecho de que tal movimiento fracturaría temporalmente la tendencia consensual favorecida desde la década de los ochenta del siglo pasado, se llevó a cabo con el fin de preservar el orden liberal existente[26].

La legitimación del nuevo gobierno se convirtió en el primero y más relevante objetivo de Federico Tinoco y su amplio grupo de apoyo. La convocatoria a una Asamblea Constituyente, la redacción de una nueva Carta Fundamental y el llamado a elecciones presidenciales, fueron los mecanismos utilizados para investir al antiguo Ministro de Guerra con el requerido y esperado velo de legitimidad[27].

Tras haber sido conjurada la amenaza intervencionista, muchos creyeron que Costa Rica recobraría su peculiar estabilidad política. Sin embargo, el caos económico y social del período y las interferencias militares, permitieron la entronización de una tiranía. Durante los siguientes treinta meses, la vocación consensual costarricense fue duramente puesta a prueba[28].

La prolongación de la Primera Guerra Mundial dañó aún más a una economía de por sí muy débil. Conforme la guerra progresaba, también lo hacían los problemas fiscales. La aguda disminución en las importaciones no solamente afectó la principal renta del Estado, sino también provocó una crisis de productos de subsistencia[29].

Aunado a los efectos negativos causados por la guerra, la actitud del Presidente de los Estados Unidos, de rehusar reconocer el Gobierno de Federico Tinoco, llevó a Costa Rica al aislamiento diplomático, sumiendo al país en la asfixia económica y financiera[30].

Con la pérdida de apoyo de la población, el régimen tinoquista tuvo que hacer uso de la represión con el fin de mantener el poder político. Pese a que algunos miembros prominentes de la oligarquía comenzaron a expresar su disconformidad, la mayoría se mantuvo silenciosa. La mayor parte temía el retorno de González Flores y con él, el intervencionismo estatal[31].

Desde las postrimerías del siglo XIX y hasta el tercer lustro del XX, Costa Rica había experimentado una relativa estabilidad política, carente de perturbaciones sociales de envergadura. Tal realidad contrastaba con la mayor parte de las naciones latinoamericanas, en las cuales, el ejército se había eregido en árbitro y parte del convulso escenario político.

En este país, si bien los procesos electorales habían estado teñidos de fraude y manipulación, las fracciones políticas en disputa habían sabido evitar la violencia y contenerse para no alterar de manera abierta, las formas constitucionales.

Por otra parte, las amenazas externas a la soberanía, habían disminuido. Por tanto, el ejército costarricense había estado jugando un rol muy pasivo[32]. No obstante, pese a varios intentos por reducir el presupuesto militar y disminuir el papel de las fuerzas armadas[33], en vísperas del golpe de Estado de 1917, estos cuerpos aún absorbían un alto porcentaje del gasto público y disfrutaban de prestigio social.

El papel jugado por los militares se vio alterado en 1917. Una vez que el orden constitucional se trastrocó, el ejército se convirtió en el principal canal para el ejercicio del poder político, revirtiendo la tendencia consensual favorecida desde los años ochenta del siglo XIX.

La aparición del despotismo en Costa Rica se originó en los temores de los grupos dominantes de perder sus privilegios y beneficios. Pese a que esos mismos grupos habían favorecido un Estado de orientación consensual desde finales del siglo XIX, estuvieron dispuestos a aceptar flagrantes irregularidades políticas, en aras de mantener sus prerrogativas económicas y status social.

En la medida que el consenso reprodujo la estructura social tradicional, fue favorecido por la oligarquía. Sin embargo, cuando la sumisión ideológica probó ser insuficiente para prevenir súbitos cambios estructurales, esa misma oligarquía aprobó momentáneamente el uso de la fuerza con el fin de prevenir una radical alteración del orden establecido. La combinación de factores internos y externos, convertiría ese uso temporal de la fuerza, en represión institucionalizada. Sin embargo, la mayor parte de los miembros de la oligarquía prefirieron aceptar ese curso de los acontecimientos, con el fin de salvaguardar sus privilegios[34].

La creciente agitación social, liderada por maestros, estudiantes y trabajadores, las escaramuzas revolucionarias en el norte del país y la siempre presente amenaza de una

invasión armada de los Estados Unidos, hicieron finalmente insostenible la situación a Tinoco.

Tras la partida de Tinoco en 1919, el país se enfrentó a la difícil tarea de reconstrucción. El sistema establecido mostraba fisuras en tal forma, que la elaboración de un nuevo pacto político y social se tornó imperativo. Costa Rica estaba devastada económicamente y ante una crítica encrucijada política. Pese a que la oligarquía todavía mantenía el poder económico y el control político, **su prestigio y autoridad se habían diezmado**. Esta situación hizo posible la apertura de la arena política a nuevos autores sociales[35].

Durante los primeros días de febrero de 1920, un rosario de huelgas marcó el escenario social. Algunos empleados públicos y varios sindicatos de obreros y artesanos, decidieron luchar por sus derechos[36]. Si bien la pobreza fue el detonante, el levantamiento de los trabajadores también reflejó una importante mutación política reciente: **el relativo debilitamiento de los grupos dominantes y el fortalecimiento de los sectores populares.**

El papel jugado por los trabajadores en el derrocamiento del régimen tinoquista y en la restauración del orden democrático, así como **el descrédito de muchos miembros de la élite gobernante** debido a su complicidad con la tiranía, favorecieron a los huelguistas. El Presidente Provisional, Francisco Aguilar Barquero, de manera pronta accedió a las demandas de los trabajadores, en particular, **la jornada de ocho horas y un aumento salarial del 20%**. La actitud del Gobierno se caracterizó por la moderación y la conciliación. Al igual que el Gobierno, la mayor parte de los patronos accedió de manera rápida a las demandas de los trabajadores.

Las luchas de los obreros y artesanos provocaron un debate nacional de gran envergadura centrado en la «cuestión social». **Pese a que grupos de trabajadores habían logrado obtener importantes concesiones, no estaban en realidad listos para enfrentar a la élite dominante.** Carecían de una plataforma política propia. Después de 1920, los sectores populares actuaron en una forma más unida, con el objetivo de presionar al Gobierno a intervenir en la resolución de algunos problemas sociales[37].

A finales de 1922 la economía mejoró de manera notable. No solo el precio del café, azúcar, y bananos aumentó en el mercado internacional, sino que por primera vez en muchos años (desde 1910) el país había logrado reducir la deuda pública y terminar el período económico con un excedente[38].

En enero de 1923, la Asociación General de Trabajadores sancionó la creación de su propio partido político. El **Partido Reformista** fue en realidad el resultado de dos procesos: la meta de las asociaciones de trabajadores urbanos de unirse y adquirir presencia en la arena política y la incorporación al Congreso en 1922, de un brillante y apasionado político, con un discurso de profundo contenido social[39].

Si bien el Estado Liberal pareció de nuevo florecer al amparo de la reactivación económica, el creciente cuestionamiento del orden establecido, así como también la elaboración de nuevas propuestas de solución para los problemas sociales, debilitarían paulatinamente el aparente vigor liberal. Jorge Volio y su Partido Reformista, constituyeron sin lugar a dudas, el ejemplo más brillante de las contestarias alternativas políticas y sociales propuestas durante esos años[40].

La presencia del Partido Reformista en las elecciones de 1923, alteró el juego político. Esta agrupación representaba intereses de los sectores populares y su estructura política se apoyaba sobre principios doctrinarios. Si bien no ganaron las elecciones, los Reformistas dejaron en evidencia que tenían la capacidad de oponerse a los partidos tradicionales.

No obstante, la llegada al solio presidencial de Ricardo Jiménez, modificaría significativamente las tendencias políticas apuntadas. La brillante manipulación de los asuntos públicos durante medio siglo, había convertido a Ricardo Jiménez en el indiscutible rey de la política costarricense. Su larga y provechosa trayectoria se remontaba a las postrimerías del siglo XIX. Había también ocupado de manera magistral las más altas posiciones en los tres Poderes de la República.

Claramente identificado con el pensamiento liberal, don Ricardo se convirtió en el líder intelectual del «Olimpo». Su conducta de sentido común, en realidad escondía la profundidad de su orientación política. Luego de la turbulencia social del pasado reciente, **Ricardo Jiménez era la figura clave para restaurar la conciliación liberal**[41].

Los favorables precios de las exportaciones y un hábil manejo del Tesoro, estimularon un notable progreso económico. Costa Rica retornó a la vieja estructura fiscal, en la cual **los derechos de aduana, y los impuestos al tabaco y al licor conformaban el grueso de las entradas al Fisco**[42].

En la medida en que la vida económica mejoró notablemente, las turbulencias sociales disminuyeron. Pese a que algunos intelectuales y sindicatos se mantuvieron activos y en algunos casos, se tornaron aún más beligerantes, la mayor parte de los sectores populares empezó a identificarse de manera creciente con el proyecto político vigente. **El progreso material, una ingeniosa manipulación de la ideología, el desprestigio de Jorge Volio** y del Partido Reformista y **las pequeñas concesiones hechas a los grupos populares atrajeron su apoyo**. El orden liberal fue restaurado con la aceptación de los grupos subalternos. **La persuasión antes que la represión, habían caracterizado una vez más la orientación del Estado costarricense**[43].

En contraste con las prácticas usuales seguidas en los otros países de la región, en particular los centroamericanos, **los sectores conservadores en Costa Rica fueron capaces de confrontar a los sectores populares por primera vez organizados, sin recurrir a la violencia o a la represión. Con el uso ingenioso de la ideología, con el compromiso parcial**, la fuerza política acumulada por las clases trabajadoras durante los primeros años de la década de los veinte, fue minimizada de manera significativa. El **desprestigio del Partido Reformista** y la manipulación de la arena política por parte de Ricardo Jiménez y sus partidarios dejó poca oportunidad a otras opciones políticas. Pese a que algunos intentos más radicales pretendieron desafiar el orden establecido, éstos contaron con un mínimo de apoyo popular. De esta manera, los **primeros embates serios al sistema establecido, fueron confrontados de manera sutil, sin violencias, sin represión.**

IV. DETERIORO Y OCASO DEL ESTADO LIBERAL

La crisis económica mundial declarada en 1929, representó un duro golpe contra el modelo de crecimiento vigente. Dado que la estructura económica de los países latinoamericanos estaba determinada por la producción para la exportación, la drástica

contracción del comercio internacional, la contracción en las inversiones y la dificultad para obtener crédito en el mercado monetario, trastornaron la vulnerable base económica[44].

El efecto traumático de la crisis de 1929 favoreció la búsqueda de un nuevo equilibrio político. Si bien durante la década de los treinta las élites tradicionales parecieron resurgir de sus cenizas, algunas mutaciones eran ya evidentes. Un temor implícito a la pérdida de su liderazgo se fundamentaba en los ataques, cada vez más frecuentes, de las emergentes capas medias y de los incipientes partidos de los trabajadores.

La reacción de las élites gobernantes ante el progresivo desmoronamiento del esquema liberal, se tradujo en soluciones de corte autoritario. En algunos países se entronizaron dictaduras militares y en otros, gobiernos conservadores empezaron a apoyarse aún más en las fuerzas armadas[45].

Si bien la trayectoria política de **Costa Rica** había demostrado claramente una inclinación consensual, en la década de los treinta, la efervescencia y el descontento popular –reflejado en diversos movimientos huelguísticos– hizo necesaria, en algunas ocasiones, la **utilización de la fuerza y de la represión** con el fin de preservar el orden establecido[46].

Al igual que en el resto de los países latinoamericanos, la economía y la sociedad costarricense se vieron profundamente afectadas por las secuelas de la crisis mundial. Nuevas demandas y necesidades probaron que la estructura del Estado liberal no podía hacerle frente, de manera satisfactoria, a los nuevos retos para el crecimiento y el desarrollo social.

El colapso de la economía internacional en 1929 y la prolongada depresión que le siguió, **motivó a los gobiernos latinoamericanos a jugar un papel cada vez más activo en la economía nacional: introdujeron el planeamiento económico,** ejercieron nuevos controles y ofrecieron incentivos para la producción.

Nuevos partidos políticos de naturaleza progresista, jugaron un papel decisivo dentro del proceso de configuración de un Estado alternativo al liberal-oligárquico. Caracterizaba a dichos partidos una **ideología nacionalista**, así como un programa de gobierno de **corte asistencial.**

Ante la perspectiva de una alianza política entre los **reformistas y los partidos de los trabajadores, las distintas oligarquías debieron delinear un programa de corte populista,** con el fin de atemperar la difícil situación social y mantener las riendas del poder político[47].

Pese a sus intentos, era claro que el Estado liberal-oligárquico había empezado a resquebrajarse. De manera paulatina, los principios liberales dejaron de ser los mecanismos básicos del sistema político, al tiempo que se configuraba un nuevo orden económico y social, de corte intervencionista.

En Costa Rica, la llegada a la Presidencia de Rafael Angel Calderón Guardia en 1940, vino a marcar la transición del estado costarricense hacia el nuevo modelo estatal. Bajo la influencia de preceptos social cristianos, y en particular, de la *Encíclica Rerum Novarum,* este médico graduado en la Universidad de Lovaina, estaba decidido a impulsar medias concretas de distribución económica y justicia social.

La creación de un moderno sistema de seguridad social, la emisión del Código de Trabajo, entre otras importantes disposiciones, dieron prueba de que los parámetros liberales habían empezado a ser superados.

La alianza entre el gobierno, el Partido Comunista y la Iglesia, sólo comprensible dentro del marco de la coalición Estados Unidos-Unión Soviética en el escenario internacional del momento, propiciaron la esperada reacción conservadora. Durante los años 1940-1948, la oposición creciente por parte de los sectores más conservadores a las medidas de naturaleza social, los intereses políticos personalistas, acusaciones de nepotismo y de corrupción así como el turbio proceso electoral de 1948, exarcerbaron la atmósfera política costarricense al extremo de guerra civil[48].

De esta manera, una sociedad que se había caracterizado por su identificación con el consenso fue de manera lastimosa, llevada a la violencia y a la confrontación. El breve conflicto fraticida, infligió una profunda herida al cuerpo social. No obstante, pese a que Calderón Guardia y sus seguidores fueron derrotados, sus ideas y sus acciones no fueron revertidas. Por el contrario, José Figueres Ferrer, el héroe militar y el indiscutible nuevo líder político, no eliminó los avances sociales alcanzados por su predecesor; por el contrario, reforzó la orientación intervencionista del Estado. **Un resultado inesperado** para aquellos que habían deseado restaurar los parámetros liberales y con ellos, sus propios privilegios y beneficios.

Al despuntar la segunda mitad del siglo XX, Costa Rica –al igual que la mayor parte de los países latinoamericanos– inició una nueva fase de desarrollo histórico-social. Los acontecimientos políticos de la década de los cuarenta, posibilitaron la definición de una nueva forma de Estado, en la cual, elementos de las capas medias promovieron un proceso de gestión política de corte reformista.

En el contexto de un nuevo marco jurídico-institucional, reglas y disposiciones específicas, buscaron establecer las condiciones necesarias para promover un salto cualitativo en el desarrollo económico del país, por medio del **estímulo a la industria y la diversificación agropecuaria.** Dada tal meta, las **clases emergentes** que accedieron al poder en 1948, enfilaron sus energías hacia la reconfiguración estatal, con el objetivo de sustentar en el plano político e ideológico, sus aspiraciones económicas[49].

Si bien es cierto que Costa Rica siguió en sus lineamientos generales las pautas de desarrollo económico y político que caracterizaron al conjunto latinoamericano de posguerra, matices en el ejercicio del poder político, permitieron que Costa Rica presentara un cuadro de mayor estabilidad. Téngase en cuenta que la superación del régimen liberal no vino a trastrocar el sustrato **consensual** que caracterizó al modelo político costarricense desde el siglo XIX. Antes por el contrario, las nuevas ideas de modernización y progreso en el campo económico se enmarcaron dentro de un contexto de búsqueda de apoyo e identificación en torno al proyecto político, contexto éste que marginó a un segundo plano las formas violentas de control político. La abolición del ejército en 1949 constituyó la prueba más fehaciente de lo anterior[50].

CONSIDERACIONES FINALES

Durante las últimas décadas, Costa Rica ha escapado a los levantamientos revolucionarios y a la guerra civil comunes a otros países latinoamericanos, porque históricamente su evolución política se ha caracterizado por reformas periódicas y la

prevalencia del consenso sobre la represión. El cambio gradual ha permitido una lenta transformación estructural, inhibiendo así una peligrosa condensación de los conflictos sociales y por tanto, ha promovido un alto grado de estabilidad social y política.

Esta opción política no ha sido el resultado del azar; por el contrario, esta íntimamente vinculada a determinadas relaciones sociales y a una particular estructura de poder, dentro de la cual, los aparatos ideológicos y en particular, el sistema educativo, han jugado un papel de primer orden.

En Costa Rica, el uso ingenioso de la ideología por parte de los grupos gobernantes y las concesiones económicas parciales, han permitido minimizar los conflictos y suavizar las contradicciones sociales. La historia política del país durante los últimos años es en realidad la historia de un sistema social que ha logrado contener los conflictos dentro de ciertas reglas entronizadas en una particular red ideológica.

En contraste con las pautas seguidas por los otros países latinoamericanos, los grupos que han detentado el poder político en Costa Rica han sido capaces de enfrentar la mayor parte de las amenazas al orden establecido sin el recurso a la violencia o a la represión. Con una hábil utilización de la ideología, la fuerza política acumulada por algunos sectores populares durante ciertas coyunturas, pudo ser minimizada o desmembrada, de manera significativa.

Y es aquí donde reside la clave de la diferenciación entre Costa Rica y el resto de los países latinoamericanos: el uso certero de la ideología como agente de prevención, como arma de negociación política. En otras palabras, como mecanismo sutil de dominación.

Porque, si bien Costa Rica comparte con las demás naciones de la región, el legado cultural heredado de los tiempos coloniales, las frustraciones de la dependencia económica, el «tercermundismo» material y cultural, históricamente, ante los conflictos generados por la dinámica social, sus gobernantes han buscado fórmulas de resolución basadas en la persuación y el compromiso, antes que en la represión y la coacción. He aquí lo específico en el contexto de lo común.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Cardoso, Ciro y Héctor Pérez (1979) **Historia Económica de América Latina.** Tomos I y II. Barcelona. Editorial Crítica.
2. Carmagnani, Marcello (1984). **Estado y Sociedad en América Latina.** Barcelona. Editorial Crítica.
3. Cardoso, Ciro y Héctor Pérez (1977). **Centro América y la Economía Occidental (1520-1930).** San José. Editorial UCR.
4. Thorp, Rosemary (1986). «Latin America and the International Economy from the First World War to the World Depression». En: **The Cambridge History of Latin America.** Cambridge. Cambridge University Press.
5. Hale, Charles (1986) «Political and Social Ideas in Latin America» En: **The Cambridge History of Latin America.** Cambridge, Engl. Cambridge University Press.
6. Fonseca, Elizabeth. (1983). **Costa Rica colonial. La tierra y el hombre.** San José, EDUCA.

7. Baires, Yolanda. (1976). «Las transacciones inmobiliarias en el Valle Central y la expansión cafetalera en Costa Rica. (1800-1850)». Centro de Investigaciones Históricas, Nº 1 UCR.

8. Gudmunson, Lowell. (1978). «La expropiación de los bienes de las obras pías en Costa Rica. Un capítulo en la consolidación de la economía de la élite nacional». En: **Revista de Historia.** UNA, Año IV, Nº 7. Heredia. Gudmunson Lowell. (1983). **Hacendados políticos y precaristas, la ganadería y el latifundio guanacasteco. 1800-1950.** I Capítulo. San José, Editorial Costa Rica. Lynch, John. (1986). «The Catholic Church in Latin America». En: **The Cambridge History of Latin America.** Cambridge University Press.

9. Barahona, Melgar. (1974). **Los cabildos de Costa Rica. 1502-1812.** Tesis Lic. en Derecho. San José. UCR.

10. Fischel. (1987). **Consenso** *Op. cit.* Capítulo I.

11. Araya Incera, Manuel. (1989) «Costa Rica en el mundo del siglo XX». En: Jaime Murillo (comp.). **Historia de Costa Rica en el siglo XX.** San José, Editorial Porvenir. Págs. 213-237.

12. Blanco Segura, Ricardo. (1984). **1884. El Estado, la Iglesia y las Reformas Liberales.** San José, Editorial Costa Rica. Fischel, Astrid (1987) **Consenso...** *Op. cit.* Capítulos II-III y VII.

13. Fischel, Astrid. (1987). **Consenso.** *Op. cit.* Introducción y Conclusiones.

14. Cover, Edgar. (1982). **Esbozo histórico de la obra de gobierno de don Tomás Guardia.** Tesis Lic. en Historia. San José, UCR. Chavarría, Dunia. (1982). **Segunda dictadura de don Tomás Guardia.** Tesis Lic. en Historia. San José. UCR.

15. El Teatro Nacional constituyó la más ambiciosa y bella obra construida durante este período. Fischel, Astrid. (1992). **El Teatro Nacional de Costa Rica. Su historia.** Editorial Carvajal S.A. Cali.

16. **Memorias de Hacienda. Memorias de Fomento.** Años: 1880-1914.

17. Para ampliar sobre este tema, revisar: Oliva, Mario (1985). **Artesanos y obreros costarricenses 1888-1914.** San José. Editorial Costa Rica y De la Cruz, Vladimir (1981). **Las luchas sociales en Costa Rica.** San José. Editorial Costa Rica.

18. Fischel, Astrid. (1992). **El uso ingenioso de la ideología en Costa Rica.** Editorial UNED. San José.

19. Para ampliar sobre este tema, consultar: Glade, William (1986). «Latin America and the International Economy: 1870-1914». y Thorp, Rosemary (1986) «Latin America and the International Economy from the First World War to the World Depression». En: **The Cambridge History of Latin America.** Cambridge. Cambridge University Press.

20. Para ampliar sobre este tema, consultar: Cambridge, Marcello (1984). **Estado ...** *Op. cit.*

21. Fischel, Astrid. (1992). **El uso...** *Op. cit.* Capítulo II.

22. **Memorias de Hacienda.** (1910-1914).

23. Fischel, Astrid. **El uso...** *Op. cit.* Capítulo II.

24. González, Alfredo (1916). **Una Conversación con el Pueblo.** San José, Costa Rica. Imprenta Nacional

25. Los periódicos de la época ofrecen importante testimonio de la reacción adversa contra el Presidente González Flores. Revisar: **Diario de Costa Rica, La Acción Social, La Época, La Información, La Linterna, La Prensa Libre, La Racha, La República.**

26. Fischel, Astrid. **El uso...** *Op. cit.* Capítulo II.

27. Murillo, Hugo (1981). **Tinoco y los Estados Unidos. Génesis y Caída de un Régimen.** San José. Editorial UNED. Capítulo... y Tinoco, Federico (1928) **Páginas de Ayer.** París. Oconitrillo, Eduardo. (1980). **Los Tinoco (1917-1919).** San José. Editorial Costa Rica.

28. Fischel, Astrid. **El uso...** *Op. cit.* Capítulo III.

29. *Idem.*

30. Apegado a consideraciones morales y políticas e incitado por el depuesto Presidente González Flores –quien había buscado refugio en los Estados Unidos– Woodrow Wilson desatendió desde el principio toda posibilidad de reconocer al nuevo gobierno. Justificaciones legales, ruegos y el ofrecimiento de las aguas, puertos y tierras costarricenses para la instalación de bases militares estadounidenses, no lograron disuadir a Wilson de su sentido de rectitud.

31. Chacón, Tranquilino. (1920). **Proceso Histórico.** San José. Imprenta Falcó S. Borrasé.

32. De acuerdo con la función básica asignada al ejército, (como mantenedor del orden interno y externo), la dinámica social no les había proporcionado mayor oportunidad de acción. No obstante, las fuerzas armadas habían tomado parte en los procesos electorales por medio de la manipulación del voto popular y de los mismos resultados electorales. Para ampliar sobre este tema, revisar, Muñoz, Mercedes. (1990). **El Estado y la abolición del ejército. 1914. 1949.** San José. Editorial Porvenir.

33. **Las Actas del Congreso de los años 1910 a 1917** ofrecen testimonio de las discusiones en torno a la disminución del presupuesto de las fuerzas armadas. El argumento central de quienes defendían estas ideas, era que en este país, en el cual privaban los métodos civilistas, era ilógico invertir tan altas sumas en el ejército. **Proponían además, desviar una buena parte de esos recursos, al ámbito educativo.**

34. Fischel, Astrid. **El uso...** *Op. cit.*

35. Fischel, Astrid. **El uso...** *Op. cit.*

36. Para ampliar sobre este tema, consultar: Acuña, Víctor Hugo. (1986). **Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica. Las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas.** San José, CENAP-CEPAS.

37. Los periódicos más importantes de la época ofrecen amplio testimonio de lo anterior. Revisar: **El Diario de Costa Rica, La Prensa, La Tribuna.**

38. **Memorias de Hacienda.** (1922-1924).

39. Sobre este tema, consultar: Ramírez, Victoria. (1989). **Jorge Volio y la Revolución Viviente.** San José, Editorial Guayacán y Volio, Marina. **Jorge Volio y el Partido Reformista.** (1973). San José, Editorial Costa Rica.

40. Fischel, Astrid. **El uso...** *Op. cit.* Capítulo IV.

41. *Idem.* Capítulo V.

42. **Memorias de Hacienda.** (1924-1928).

43. Fischel, Astrid. **El uso...** *Op. cit.* Capítulo V.

44. Bulmer-Thomas, Víctor. (1987). **The political economy of Central America since 1920.** London. Cambridge University Press.

45. Carmagnani, Marcelo (1984). *Op. cit.*

46. Para ampliar sobre este tema, consultar: Acuña, Víctor Hugo. **La huelga bananera de 1934.** (1984). San José. CENAP-CEPAS; Botey, Ana María y Rodolfo Cisneros. (1984). **La Fundación del Partido Comunista en Costa Rica.** San José, Editorial Costa Rica y De la Cruz. (1981). **Las luchas sociales en Costa Rica.** San José, Editorial Costa Rica.

47. Carmagnani, Marcelo. (1984). *Op. cit.*

48. Contreras, Gerardo y José Manuel Cerdas. (1988). Los años cuarenta. **Historia de una política de alianzas.** San José, Editorial Porvenir.

49. Miranda, Guillermo y Alvaro Vega. (1984). **Política educativa, reformismo y modernización capitalista en Costa Rica.** Tesis Lic. en Sociología. Heredia, UNA.

50. Fischel, Astrid. «Politics and Education in Costa Rica. A historical perspective». En: Morales-Gómez, Daniel y Carlos Alberto Torres (editores). (1992) **Education, Policy and Social Change. Experiences from Latin America.** Praeger Hill, Ottawa.